

## FÁBULA

### EL MISTERIO DE PEÑARRANA (*El Niño Santo de Langayo*)

*J. Máximo Arranz*

**¡Se le ha aparecido la virgen!** Esa es la expresión que empleamos coloquialmente cuando fulanito sale ileso de un aparatoso percance o a menganito le sonrío la fortuna de manera excepcional; **¡se le ha aparecido la virgen!** Y ésa fue la frase más pronunciada en Langayo, allá por los años cuarenta.



*Langayo*

Todo comenzó cuando un humilde pastorcillo, un chaval con mucha necesidad y poca vergüenza, aseguró haber visto a la Virgen María entre las rocas del pico Peñarrana, (una colina que se alza junto a la despoblada aldea de San Mamés, y ubicada a cuatro kilómetros de distancia de Langayo). En un principio los vecinos de dicha localidad dudaron de las palabras de aquel zagal de aspecto desaliñado, pero una vez que la pobre criatura hubo narrado con pelos y señales lo sucedido en el mencionado paraje, los titubeos abrieron paso a la fe. ¿Quién podía poner en tela de juicio las ingeniosas explicaciones de ese muchacho? Los ojos del joven se empañaban al describir el momento mágico, cuando una mujer de belleza serena y envuelta en un manto de luz surgía de las peñas y se

le presentaba. ¿Cómo dudar de aquello? La comarca al completo entendió que, en verdad, la Virgen le bendijo con su presencia.

Cabe destacar que la “moda” de los niños santo aún no había arraigado en tierras vallisoletanas, y que este chiquillo de Langayo fue el precursor de los numerosos SANTOS que llegaron después.

Me resulta curioso cómo ahora, en la actualidad, preguntes a quien preguntes por el misterio de Peñarrana, entre los muchos que lo vivieron, el resultado final es siempre el mismo: todos se desvinculan del fenómeno paranormal y se jactan de no haber creído en aquella pantomima. Cada cual lo explica a su manera y con sus pala-

bras, pero no he encontrado a un feligrés que reconozca la confianza en el Niño Santo; al parecer ¡nadie creyó! Sinceramente... pienso que el que más y el que menos tuvo su periodo de fe. A unos ese fervor les duraría un año y a otros una semana, pero estoy convencido de que en algún momento TODOS suspiraron de gozo ante tan maravilloso milagro.

Por lo que he oído, la mayor parte de las familias que vivían en Langayo echaron mano del elegido y de sus supuestos poderes sobrenaturales. En muchas casas se requería la presencia del chiquillo para que este intercediera por el enfermo de turno; y es que el cólico miserere, la tuberculosis y la difteria eran demasiado habituales, y la única medicina sanadora residía en el cielo. En otros hogares, simplemente, se le solicitaba para que bendijera algún crucifijo y rezara una oración por

“nuestros difuntos”. Me pregunto ¿por qué recurrirían al pastorcillo si no creían?; cuando uno no dispone de confianza, las curas milagrosas y las bendiciones son irrelevantes.

Aparte de estos indicadores de fe, hay que señalar que, por esos años, la religión marcaba el rumbo a seguir y la Virgen María era, por decirlo de algún modo, la lotería de los pobres; con lo cual, admitir las apariciones no era un descrédito, ¡al contrario! No encuentro una razón por la que cualquier hijo de vecino no tuviera que creer. ¿Por qué no voy a aceptar la palabra del chico? Si él dice que ha visto a la Virgen, pues es de suponer que la habrá visto; al fin y al cabo, cada uno ve lo que le viene en gana, ¡qué para eso estamos!

Hoy en día, con todo lo modernos que somos, con la cantidad de talento que destilamos y con tantos adelantos tecnológicos que sabemos manipular, también vemos cosas “raritas”; y a nadie le da por reírse de lo que uno ve o deja de ver. Hay personas que avistan platillos volantes en la noche, ¡eso es más complicado que lo de la Virgen!; otros van más allá y contemplan “políticos honestos”, ¡haberlos haylos!; algunos siempre ven “penalti en el área contraria”, ¡qué casualidad!; otros ojeamos perdices en un morral vacío, ¡eso sí es magia!; y un buen número de individuos presumen de ser correctos en sus “visiones” y luego no apartan los ojos de “telebasura y sus patrañas”, ¡el colmo! Esto es el claro ejemplo de que la gente capta lo que le viene en gana, ¿o no? Así que, si el zagal dijo que vio a la Virgen, pues es que la vio y san se acabó.

Bueno, prosiguiendo... A raíz de este trascendental hecho, en el pueblo no se hablaba de otros asuntos que no fueran los puramente religiosos. La Virgen pasó a ser el estribillo de la tertulia familiar y de cualquier corrillo callejero. Los devotos no podían refrenarse y visitaban al niño y le hacía preguntas de índole cristiana; todos querían saber más, y todos comparecían ante el pastorcillo como si este fuera el “emisario del gobierno”. Claro está que cada parroquiano arrimaba el ascua a su sardina, y las consultas traspasaban la frontera de lo permitido.

- ¿Dónde anda mi padre, que en paz descanse?

- A dónde fue mi pobrecita hermana que murió en...

- ¡Santa Virgen! Dígame vos dónde está mi difunto marido.

El chico, al tener un cargo en el ministerio, trataba de dar respuestas a esas incógnitas que se le presentaban. ¡Eso sí!, sus réplicas, en ocasiones, no eran tan agradables como esperaba el familiar del difunto en cuestión. Es duro encajar que el bueno de tu marido está cautivo en las calderas de Pedro Botero o que tu santa madre anda deambulando por el limbo...

El zagal, por su parte, se dejaba querer y admitía los mimos y agasajos de aquellos que le visitaban. Hay que recalcar que la tarea de invocar a la Virgen era un ejercicio que generaba un desgaste espiritual tremendo; el muchacho quedaba exhausto por tanta faena. Sería inmoral permitir ese deterioro físico. Así que, sin necesidad de exponer edictos en el ayuntamiento, los presentes que buscaban respuestas de ultratumba debían contribuir con algún refrigerio digno de un emisario celestial; ya fuera un flan de cazuela, unas sardinas de chorizo matancero o un hornazo relleno de magras. Tales manjares conseguían que su santidad se restableciera del esfuerzo y de la presión a la que estaba sometido. Seguro que cuando el pastorcillo se comió aquel flan tan soberbio fue consciente de que ***¡se le había aparecido la Virgen!***

Por otro lado, los vecinos de Langayo siempre han tenido un carácter peculiar. No son personas de medias tintas, meros espectadores de los acontecimientos. En este pueblo la gente se sentía tan viva que se esforzaba por ser una pieza importante del puzzle. No valían para estar sentados y esperar el resultado. Por suerte o desgracia, esa era su condición y también su bandera. Pues bien, esa apasionada naturaleza quizá fue la causante de que en el pueblo se originaran dos variantes: los muy creyentes y los poco crédulos. Y, como es lógico, cada bando buscó el cielo a su manera. Unos atosigaban al pastorcillo con continuas retahílas

religiosas, y los otros, sin aclarar su postulado, estaban al acecho para desenmascarar el misterio de ese niño al que por la comarca ya veneraban.

El chico no solo ejercía de interlocutor de la Virgen, es que, además, debía de ser su mano derecha, pues la gente le solicitaba milagros, así como el que va a la panadería y pide un par de lechuguinos al dependiente. Eran tantas y tan diversas las peticiones, que al zagal se le fueron complicando las cosas, pero ¿quién rechaza un flan de cazueta teniendo telarañas en el estómago? Los colores de la vida son más vivos cuando la panza está llena. ¡Bienaventurados los devotos!



*Hacia el monte de Peñarrana*

Charlando con un grupo de veteranos de Langayo, contaban que, en una de esas demostraciones prodigiosas, el Niño Santo miró hacia el cielo y entró en un éxtasis profundo. Se plantó de pie con los ojos abiertos como dos rosquillas de Semana Santa y desconectó del mundo humano. Y estando en ese trance hipnótico, ¡de repente! juntó las palmas de las manos en un claro gesto de oración. Acto seguido comenzó a hablar en un tono de voz sacerdotal.

- ¡La virgen me da la fuerza! –exclamó- ¡Mis manos están pegadas!

Para certificar la veracidad de aquel milagro en directo, dos de los más beatos se aferraron a las muñecas del joven e intentaron separar esas manos soldadas.

– ¡Es imposible! –gritaron emocionados- ¡Las tiene unidas! Esto es cosa de Dios, **¡milagro!**, **¡milagro!**

Uno del grupo de los menos creyentes, que también andaba por allí husmeando, no dio por buena esa demostración milagrosa, al parecer necesitaba una prueba más sólida que corroborase el prodigio. Así que, sin mediar palabra, se acercó por detrás, miró al muchacho, lo remiró, se cercioró del estado de ausencia en el que se encontraba, y, como el que no quiere la cosa, sacó un chisquero del bolso del pantalón y lo prendió bajo esas manos soldadas. Ni que decir tiene que el chico pegó un respingo de aúpa; que una cosa es ser santo y otra bien distinta es que te quemen los dedos.

¿Os imagináis que ahora, en la actualidad, en plena función de un mago, se subiera un paisano al escenario donde se desarrollara el espectáculo y comenzara a hurgar dentro de la chistera del ilusionista y a desvelar los trucos? Supongo que lo que ocurrió aquel día con el mechero fue lo mismo; un sabotaje. Pero esta no fue la única prueba “científica” a la que sometieron al chaval, hubo más operaciones anti-fraude.

Me contaba mi abuelo, él era de los creyentes, que el examen más fidedigno lo preparó su cuñado José Luis; un pariente bien cultivado y con cierta formación académica y que residía en Valladolid capital. El ilustre caballero llegó a Langayo con traje de señorito y con las ideas claras, que para eso tenía estudios.

Su primer encuentro con el pastorcillo fue jovial, actuó como si fuera un discípulo más de la comparsa; tampoco debía fundar sospechas de lo contrario. Tras una larga conversación de santos, santas y santidades, le pidió con sumo respeto que conectara con la Virgen, pues traía desde la ciudad un mensaje importante. El chiquillo echó un vistazo a la pulcra corbata que le colgaba del pecho al tío José Luis, y accedió sin objeciones. Ya en estado de trance, el letrado le comunicó su pretensión.

- ¡Dale a la Santísima, este recado!: dominus paternus bobiscum bla bla blascum...

¡Qué astuto!; le dictó un par de frases comprometedoras en latín, idioma que Nuestra Señora reconocería de inmediato.

El pastorcillo hincó una rodilla en el suelo, transfiguró sus facciones de rapaz en un rostro cándido y angelical, y mientras exteriorizaba un profundo suspiro, se quedó mirando hacia el lugar donde, supuestamente, se encontraba la Madre de Dios en ese momento. Digo “supuestamente” porque nadie, excepto él, la veía. Y sin advertir artimaña alguna repitió cual loro en la jaula, las palabras que le dictaba en latín el hombre de la corbata. No tenía ni idea de lo que significaban, pero eso ¡qué más daba!

- ¿Responde la Virgen? –preguntó el tío José Luis.

- Nuestra Señora Inmaculada responde que ¡dichosos sean los hombres de buena voluntad! – cantó el iluso.

No hicieron falta más preguntas; su sospecha se confirmaba: ¡el niño ni era santo ni sabía latín!

Y digo yo, insistiendo en el tema; ¿no cabía la posibilidad de que María tampoco supiera idiomas? ¿Quién le dijo al tío José Luis que la Virgen era políglota?

Menos mal que aún no se había inventado la máquina de la verdad. Pobre chaval, ¡cuánto mejor con la Inquisición!

Pero ni este examen en latín ni la prueba del chisquero fueron definitivos para inclinar la balanza hacia el lado de los “incrédulos”. La destrucción del mito ocurrió de otro modo.

El Niño Santo anunció con semanas de antelación que durante la tarde del veintiséis de junio se produciría un milagro en el famoso paraje del pico Peñarrana. ¡Sin trampa ni cartón!, el mundo podría ser testigo del nuevo prodigio. La noticia, como si calzase las botas de siete leguas, avanzó por media provincia. Gente muy diversa esperó ansiosa y rezando rosarios a que llegara la fecha señalada. Los seguidores anhelaban corroborar la santidad del niño y estar a su lado en el instante de la aparición. Para algunos la espera fue larga, pero, como se suele decir, en esta vida todo llega.

El día amaneció claro y despejado; las calandrias revoloteaban en las alturas, anunciando con

sus saetas una magnífica jornada primaveral. Devotos y peregrinos de la comarca de Peñafiel se trasladaron hasta el punto de encuentro. Durante horas caminaron con rumbo al paraje acordado. Eran más de tres mil almas de distintas poblaciones las que allí se congregaron. Un único deseo unía al grupo: ¡ser testigos del milagro! La maestra, doña Eloína, ferviente discípula del niño, mandó construir una senda que dulcificara el áspero trayecto hacia la cima. El acceso hasta el lugar de peregrinaje, además de empinado, estaba cubierto de aulagas con puntiagudos pinchos; así que, a golpe de azadón, un jornalero allanó la vereda que conducía hasta las rocas de la montaña. Buenas perras le costó a la maestra aquel caprichito de la senda, y aunque la generosidad nunca fue una de las virtudes de dicha persona, el histórico acontecimiento requería ese cristiano derroche. Los peregrinos desfilaron sendero arriba hasta las peñas donde se produjo la primera aparición. Doña Eloína, reafirmandose como líder del grupo, alzó la voz y propuso rezar un ave maría para dar la bienvenida a la Virgen. El rebaño, sin dudarle, comenzó a derramar su fe de manera sosegada; decenas de murmullos brotaron al unísono. La ladera se transformó en una gran capilla al aire libre. ¡Qué maravillosa celebración! Los minutos pasaban entre oraciones, pero nada ocurría.

- ¡Hay que rezar más!

Por momentos, el susurro entrecortado de la multitud subía de tono y aportaba matices de cánticos gregorianos.

- ¡Hay que Rezar más!

Y venga rezos, y venga jaculatorias... ¡Nada sucedía!

- Más rezos...

Unos nubarrones, tintos como el vino de Pesquera, asomaron por el horizonte de la aldea de San Mamés. La colorida tarde se tornaba oscura. Las nubes espesaban y se concentraban alrededor del pico. Los murmullos aumentaban de volumen y la Virgen seguía sin dar muestras de presencia. En un santiamén el cielo se enlutó. Los espectadores, un tanto nerviosos por el tono tenebroso del nublado, echaban la vista hacia arriba. Hay que tener presente que todo aquel gentío se encontraba a la intemperie en medio del campo. ¡Y ahí!, en ese

instante de incertidumbre, el Niño Santo y el pueblo de Langayo perdieron la partida.

Empezaron a caer las primeras gotas.

¡Musarañas! -gritó Doña Eloína intentando disipar las dudas de los congregados-. Esas nubecillas no son más que ¡musarañas! ¡No es nada!

Un trueno desgarró el firmamento e hizo temblar la tierra. El viento arreció y comenzó a soplar en rachas huracanadas. El cielo estalló con furia mientras se desencadenaba un aguacero. La tierra no podía absorber lo que caía y se formaron pequeños torrentes que corrían ladera abajo. Sin cobijo donde guarecerse, el tumulto huyó cual conejo acechado por el zorro. La fe se desperdigó en cuestión de minutos. La tormenta no se alargó más de media hora, pero fue tan intensa que allí no quedó ni doña Eloína.

¡Pobre Niño Santo! Qué mala suerte... Aunque, analizando el suceso, creo que aquel día podría haber terminado de otro modo si el chico se hubiera estudiado bien el guion. Si en aquel preludio de tiempo en el que las nubes comenzaron a preñarse y a ennegrecer, solo un minuto antes de que se oyera el trueno del fin del mundo, el pastorcillo se hubiese postrado de rodillas para escenificar el teatrillo, y de seguido hubiera comenzado a exclamar con devoción:

**- ¡Virgen María, no llores!, no estés triste, ¡perdona nuestra escasa fe!, ¡danos muestras de tu poder!**

Y, dicho esto, el orfeón celestial entrara en escena con su apoteósico espectáculo de vientos, truenos, relámpagos y aguacero...

Estaréis conmigo en que, de haber gritado esta desgarradora súplica en el instante preciso, cada congregado hubiese interpretado la violencia de la tormenta desde otro punto de vista. La lluvia no moja igual cuando crees que las gotas son lágrimas de la Virgen; la tempestad suena distinta si piensas que es la voz del cielo entrando en cólera por tus pecados.

Pero eso no ocurrió, y las únicas palabras que se escucharon esa tarde fueron las de doña Eloína exclamando: ¡musarañas!, ¡musarañas!

Y ahí, en la misma ladera donde comenzó el misterio, Langayo perdió su oportunidad. Sí que hubo más intentonas de captar adeptos a base de trucos y engañifas, pero la campaña anti-fraude fue cogiendo fuerza. Tampoco ayudaron mucho los posteriores caprichitos del niño (ya más púber que niño) al pedir, en calidad de emisario de la Virgen, un trato favorable a la hora de “engatusar” a alguna moza del pueblo. ¡Qué le vamos a hacer!, el estrellato se le subió a la cabeza.



*Ruinas del poblado de San Mames*

Si buscamos un vínculo común entre los santuarios cristianos más venerados, nos toparemos con tres patrones idénticos: Virgen, chiquillos y agua milagrosa. En todos los casos converge la misma historia, pero contada por distintos interlocutores; Lourdes, Fátima, El Henar... ¿Acaso no es eso lo que tenían en Langayo? El pico Peñarrana cumplía con creces los requisitos necesarios para que se iniciara la leyenda. El paraje donde se apareció la Virgen era ideal; nuestro pastorcillo representaba su papel casi a la perfección; y a doscientos metros del lugar de la aparición fluye el arroyo de San Mamés; ¿se necesita mucho más? Los feligreses llegaban de otros pueblos; ¡el tinglado estaba montado!

Estoy convencido de que si ese día fatídico la gente hubiese visto a una apenas Virgen derramando lágrimas y no un nublado descargando, el final de esta historia sería diferente. No lo dudéis. Así comenzó en otros santuarios. ¿Cuánto hubiésemos tardado en ser testigos de un milagro de verdad? Una vez que acuden los devotos, la magia surge de forma espontánea.

La fe es lo único esencial en este asunto; lo demás siempre llega por su pie. El agua cristalina de nuestro valle hubiera cicatrizado las heridas, curado las enfermedades y habría devuelto la esperanza a los desesperados. ¡Lástima de oportunidad! Creo que Langayo desperdició una buena ocasión para asomarse en el mapa. Y si el misterio de Peñarrana se hubiese desarrollado de un modo menos “impetuoso” por parte de creyentes e incrédulos, la aldea de San Mamés no estaría deruida y olvidada, sino que tendría un aspecto impecable, puesto que sería el punto neurálgico de los devotos de “La Virgen de Peñarrana”. Allí se alzaría una colosal basílica y un convento de frailes custodios. Los fieles acudirían a rezar en su explanada y a bañarse en el estanque del agua milagrosa. Se podría ir caminando arroyo abajo, por una bonita ruta verde, hasta su misma desembocadura en el Duero, ya en tierras de Padilla. La senda de doña Eloína luciría espléndida con losas y remates en caliza de Campaspero, y multitud de fieles transitarían por ella a diario. En lo alto del pico se levantaría una refinada capilla en la que, por una “módica limosna”, los curiosos podrían acceder al interior y sentarse en la misma roca donde la Virgen se presentó al Niño Santo (foto incluida en el precio). Langayo contaría con tres lujosos hoteles balneario y ocho casas de hospedaje para los peregrinos. Además habría muchas tiendas dedicadas a la venta de estatuillas, estampas, velas y recuerdos; y docenas de restaurantes repartidos por la comarca, en los que se podría degustar el conocido y sabroso plato típico de Peñarrana: “Flan de Cazuela”. Y en medio de la plaza, dando notoriedad al pueblo, se erguiría la estatua del Niño Santo con las manos pegadas. Una representación del famoso milagro, tallada en granito.

¡Lástima que todo esto no sea más que un CUENTO! Espero que haya una próxima vez; espero que algún día aparezca un nuevo pastorcillo y que, cuando esto ocurra, sepamos permanecer en silencio, comportarnos como meros espectadores y que sean otros quienes descubran el misterio. Porque está visto que, en ocasiones, sale más

rentable pecar de inocentes que de dispuestos...AMÉN.

*(Fotografías: Carlos Reyes Bayón)*

*(Fo-*